



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Pedro Ruiz de Arana.)



—Aquí estoy otra vez, jera mi sino!
dispuesto á decir ripios y lindezas
y á ser marido ó novio de la Pino
en cuatrocientas veintisiete piezas.

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—No hay mal que por bien no venga, por Fiacro Yrázoz.—¡Qué testarudo!, por Juan Pérez Zúñiga.—El que no corre..., por Enrique Jiménez de Quirós.—Plutarquillo. Biografías de personajes célebres: Zeuxis, por Vital Aza.—¡Tifus!, por E. Navarro Gonzalvo.—El ejemplo, por Sinesio Delgado.—¿Cuál de los dos?, por Francisco Aguado Araal.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Pedro Ruiz de Arana).—Aventura abortada (dos viñetas).—Plutarquillo (siete viñetas).—El idioma corriente (seis viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Tenemos muchos motivos para disgustarnos, porque el cielo no nos protege, y hoy se va á pique un buque, mañana apedrean á un obispo, pasado mañana se sublevan los estudiantes, al otro día se pone malo Becerra... En fin, que no ganamos para sustos.

En cambio, la naturaleza sonríe, el sol brilla en el zenit y la gente continúa vestida de verano. Hay esposo que tiene á su señora en Loeches, tomando las aguas, y le dice que no se venga y que disfrute de aquella excelente temperatura.

El pobre hombre se ha quedado en Madrid porque no han querido darle licencia en la dirección general de Contribuciones, y como su esposa se ha llevado á la criada, él tiene que hacérselo todo, con ayuda de la portera.

—Señá Juana—dice el infeliz desde arriba,—¿puede usted subir ahora?

—Allá voy, D. Secundino—contesta la buena mujer.

Y se pone á las órdenes de aquel viudo accidental, que empieza por preguntarle:

—Diga usted, señá Juana, para hacer la tortilla de patatas ¿frío antes el aceite ó lo echo todo junto en la sartén?

La portera, que tiene muy buen carácter, se presta á hacer la tortilla; pero D. Secundino, para ahorrarle trabajo, quiere pelar las patatas y batir los huevos y freír todo lo que encuentra á mano.

—No se moleste usted, que estoy aquí yo para hacer esas cosas—dice ella.

—No me parece bien que lo haga usted todo y yo esté hecho un papanatas replica D. Secundino.

—Pues entonces lo mejor será que friegue usted ese barro que le han dejado hecho una porquería.

La situación de D. Secundino comienza á ser difícil; él creyó estar ausente de su mujer nueve días nada más; pero ¿cómo, privarla de que disfrutó en Loeches de aquella dulce temperatura?

«No te muevas de ahí—le ha dicho en la última carta—y aprovecha la ocasión para tomar toda el agua que puedas. Tampoco estará de más que beba la criada, á ver si se aviva.»

«Ya que el tiempo es excelente, goza de él, que yo me arreglaré aquí como pueda.»

D. Secundino es un modelo de esposos, y á trueque de que su señora esté contenta, se sacrifica hasta el punto de vivir solo y de comer tortilla de patatas á todo pasto.

Ayer se le acabaron los pañuelos limpios, y el pobre tiene que sonarse con una servilleta.

La otra noche se le hinchó la rótula izquierda—pues sufre frecuentemente esta clase de inflamaciones desde que se le cayó encima un director general de Contribuciones que estaba muy gordo—y al verse desamparado y sin ayuda, llamó á la portera servicial con voz desfallecida.

—¿Qué tiene usted, D. Secundino?—preguntó alarmada la buena mujer al verle tirado en el pasillo, con las piernas en cruz y los ojos fijos en el techo.

—¿Sabe usted poner cataplasmas?—preguntó el paciente.

—Sí, señor. ¿Pues no faltaría más!

—En ese caso, va usted á ponerme una con mucho cuidado, porque soy muy nervioso. Si ve usted que me desmayo, tireme usted con fuerza de los pelos del cogote, que es lo que hace mi esposa cuando me da el ataque.

La portera, solícita, le puso la cataplasma, y solo así consiguió D. Secundino coger el sueño; pero no contaba con el carácter celoso del marido de la portera, guardia de seguridad, que se enteró de lo que había pasado y subió á insultar á don Secundino.

—¡Oiga usted! Usted no es quién para que le ponga cataplasmas mi señora, ¡so pelee!

—Repórtese usted, Eusebio.

—¡Pues no parece sino que mi señora es alguna hermana de la Caridad! Le voy á reventar á usted el jueves, que estoy franco de servicio.

—Pero ¿qué he hecho yo? ¿No sea usted aturdido, Eusebio! ¿Véngase usted á la razón!...

Por toda respuesta, el guardia cogió la gorra de uniforme y se la tiró á la cabeza á D. Secundino. Este comenzó á pedir socorro, y entonces subieron los vecinos, y gracias á la intervención de uno de ellos, que es concejal y orador, pudo evitarse una desgracia.

Pero D. Secundino ha quedado desde entonces huérfano de los auxilios de la portera.

Además, como vive ausente de su mujer y el tedio le consume, ni aun sale de casa, como no sea para asistir á la oficina, donde le dicen los compañeros por asustarle:

—¿Conque la señora sigue en Loeches, eh?

—Sí, allí la tengo para que se resta biezca del todo.

—¿No sabe usted lo que hay?

—No.

—Pues dígan que se ha levantado una partida de filibusteros.

—¿Una partida?

—Sí, al grito de ¡Viva Loeches libre! ¡Abajo el citrato de magnesia!

D. Secundino se intranquiliza y procura adquirir informes autorizados, á cuyo fin se va á ver á un sargento que está de escribiente en el ministerio de la Guerra.

—¿Es verdad lo que dicen?—pregunta.

—¿Qué dicen?

—Que ha aparecido en Loeches una partida separatista.

—¿En le dice usted?—interroga el sargento.

—En Loeches.

—Loeches, Loeches... ¿Sabe usted si está cerca de Sancti-Spiritus?

—Eso es lo que me falta saber.

—Pues vaya usted á enterarse.

Y nadie le ha dado razón hasta ahora, por lo cual exclama D. Secundino, presa de una duda horrible:

—¡Dios mío! Si triunfan los separatistas de Loeches... ¿qué va ser de mi esposa? ¡Dios mío, Dios mío! ¿De sufrir cualquier desperfecto alguna de las dos, protege á mi esposa y que perdone la criada!

Luis Taboada.

*

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Cuando yo era muchacho, soñaba y asomada la niña á la reja
dos años y medio, del par entresuelo.
relaciones con una chiquilla Al ver vuestras feases amantes
llamada Consuelo, y diálogos tiernos,
Ella, entonces, vivía en la calle ni uno solo de los que pasaban
de Jacometrezo, pasaba en silencio.
y en un piso al que desde la acera, ¡Qué bromitas, qué burlas, qué guant
si mal no recuerdo, y cuántos desprecios
se podía subir fácilmente aguante de la gente que se iba
sin grandes esfuerzos, rombiéndose el pelo!
pues habría dos varas de altura, Cierta día, cansado de burlas,
y es fácil que menos, le dije á Consuelo:
Casi todas las noches del año, —¿Por qué no os mudáis más arriba,
feliz y contento, al piso tercero?
me pasaba dos horas y pico, Tu papá dice que es más alegre,
con lluvias y hielos, más claro, más nuevo,
yo, en la acera, estorbando á la gente y = td le convenes, de fijo
que se iba gruñendo, que le habla al casero.

Desde allí, sin que nadie lo note,
hablarnos podremos
con dos tubos que tengo de estaño
y un hilo por medio...
Pero, nada, no pude ablandarla,
fué inútil mi ruego,
y siguió tan contenta en su cuarto
del piso entresuelo.

Una noche... ¡qué noche, Dios mío!
¡qué dulces recuerdos!
á su lado y juntitos... muy juntos,
juré amor eterno...

De repente la voz de su padre,
que entró con silencio,
nos sacó del letargo amoroso...

¡y había que verlo!
—¡Mi papá!

—¡Cataplum!

—¡Qué vergüenza!

¡Escápate luego!

—¡Pero, niña!

—¡De prisa, que viene!

—¿Y en dónde me meto?

—¡Si te ve, te desloma de un palot!

—¡Lo creo, lo creo!

—¡Vete ya, por favor! ¡Vete pronto!

—¡Pero, hija, no puedo!

—¡Por aquí!... Y entreabriendo la reja

saqué medio cuerpo,

y como era muy poca la altura

di un salto... y al suelo.

Al mirarme ya libre en la calle
pensé en mis adentros:

—¡Caracoles, me luzco si viven
en piso tercero!

Fuero Tráigo.

¡Qué testarudo!

Pascuala Tomelloso,
refiriéndose al terco de su esposo,
suele decir con la mayor franqueza.
«Cuando á ese badulaque
se le mete una cosa en la cabeza
no hay Dios que se la saque».
Y es verdad. Habrá tercios á montones,
mas de las condiciones
de mi amigo, no hay dos, y ante la gente
lo puedo demostrar cumplidamente.
Aunque sea de día
se empeña en que es de noche, y no hay ta tía.
Se aferra en su opinión, si hay quien le arguya,
discute, no consiente ni un reproche,
pasa el tiempo, y al fin llega la noche...
es decir, que se sale con la saya.
Se empeñó en ir un día en línea recta
de Madrid á Albacete,
pasando por Segovia el muy zoquete,
y antes de que emprendiera su camino
le advertí que iba á hacer un desatino.
Pero él dijo: «Soy duro de mollera.
Pasaré por Segovia, aunque me muera».

Y pasar por Segovia ha conseguido
de una manera obvia,
pues allí donde ha ido
ha pasado por Crispulo Segovia,
escritor á quien es muy parecido.
Por error, finalmente, cierto día
un tiro le pegaron en la calle
de Jesús y María.

El proyectil lanzado
en su cabeza se quedó alojado,
y á los dos meses de ocurrir la cosa
le pregunté á la esposa:

—¿Por qué de la cabeza con destreza
no le sacan la bala?

Y respondió Pascuala:

—Intentarlo sería una simpleza.
Cuando á ese testarudo badulaque
se le mete una cosa en la cabeza
no hay Dios que se la saque.

Juan Pérez Jiménez.

EL QUE NO CORRE...

(CUENTO VIEJO)

En un lugar de la Mancha,
en no recuerdo qué fecha,
estaba gritando un hombre
en medio de la plazuela:
—¡Á cuarto escobas, chiquillas,
á cuarto, á cuarto las nuevas!
Como el precio era tan bajo,
la gente acudió ligera
y empezó á comprar escobas;
mas pronto cesó la venta,
porque á los pocos instantes,
con indecible sorpresa
de todos los concurrentes,
se presentó en la plazuela
otro vendedor gritando:
—¡Á ochavo, á ochavo las buenas;
á ochavo escobas, muchachas,
la que más guste y convenga!
Al contemplar el primero
tan ruinosa competencia
y no pudiendo sufrirla,

se aproximó á su colega
y le dijo de esta suerte:
—Hombre, ¿cómo te gobiernas
para dadas á ese precio,
si yo no puedo venderlas,
y eso que á mí las escobas
me están en una futesa,
porque yo robo los palos,
robo la palma ya seca,
y robo hasta la tomiza
con que se atan y se aprietan;
es decir, que solamente
pongo el trabajo de hacerlas?
Y entonces le dijo el otro:
—Es que yo las robo hechas.

— Cuando estoy en el teatro,
¡cuántas veces me recuerda
el cuento de las escobas
algún autor de comedias!

Enrique Jiménez de Quirós.

Aventura abortada.



—¡Vaya un cuerpo bonito, y un pia pequeño, y un garbo requetesaladísimo!
¿Es usted de Madrid, mi pronda?

—¡Ya lo creo! ¡Compañera de colegio de su mujer de usted! Dele usted recuerdos de Amparito y verá cómo cae en seguida.

Plutarquillo.

BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CÉLEBRES



ZEUXIS.

Convengamos en que este nombre es poco conocido entre nosotros... y entre ustedes.

Sin embargo, el pintor Zeuxis fué una gloria de la antigua Grecia.

Floreció este insigne griego (porque habrán observado ustedes que todos los griegos *florectan*) unos 400 años antes de nuestra era.

¡Ahí es nada! ¡Mil doscientos y pico de años! ¡Cualquiera se iba á acordar ahora de un pintor de aquella época, cuando nos olvidamos hasta de los que viven entre nosotros!

Empiezo por confesar á ustedes que yo no conozco ningún cuadro suyo; pero dicen que eran muy buenos, y habrá que creerlo.

El simpático *Barbucht* asegura que ha vendido algunas *tablitas* de Zeuxis...

Desde niño demostró afición á la pintura (1), y apenas se destetó, hizo la caricatura del ama que le crió.

Porque eso sí, el chico estaba siempre de muy buen humor y era muy tentado de la risa.



En la escuela de primera enseñanza adelantaba muy poco. Todo el tiempo lo invertía en llenar de monigotes las márgenes de los libros. Decididamente, al chico no le llamaba Dios por el camino de las letras.

(1) Hablo de Zeuxis, no de *Barbucht*, aunque de los dos podría decirse lo mismo.

— Su padre lo comprendió así, y decidió que se dedicara á la pintura.

Zeuxis, con esta determinación, se volvió loco de contento.

Y dicen que dijo:

«Gracias, padre y señor. Aun soy un niño, pero ya el Arte á voces me reclama. Tuyo ha de ser ¡oh padre! mi cariño, como tuya ha de ser toda mi fama.»

Esto, naturalmente, lo dijo en griego; pero yo se lo traduzco á ustedes para mayor claridad.

Por aquella época admitía discípulos en su estudio de pintor el célebre *Apolodoro*, artista de grandísima reputación, pero de muy mal carácter.

Zeuxis recibió de *Apolodoro* las primeras lecciones de dibujo y colorido, y su disposición artística era tal, que á los dos años de enseñanza consiguió pintar mejor que su maestro.

A cualquiera que no fuese aquel *Cascarrabias*, le habría envejecido tener un discípulo tan aventajado; pero á *Apolodoro* le irritó de tal manera que el público dijese que sus cuadros valían menos que los de Zeuxis, que despidió á éste de su lado y se declaró su más encarnizado enemigo, llegando hasta publicar una sátira terrible contra el joven y ya afamado artista.

Zeuxis, en vez de incomodarse, tomó á risa la feroz acometida de su maestro, y un día que se le encontró en la calle, le paró con mucha finura, y le dijo: «He leído tu sátira y me parece un prodigio, una verdadera obra de arte. Decididamente debes abandonar la pintura y abrir cátedra de retórica. Yo seré el primero de tus discípulos.»



Apolodoro iba á contestarle alguna atrocidad; pero nuestro joven soltó la carcajada, y siguió calle abajo tan tranquilo.

Las eternas risitas de Zeuxis eran la mortificación del atra-biliario maestro.

— Hagan los dioses que se muera, ¡aunque sea de risa!—exclamó un día el irritado *Apolodoro*.

Más adelante verán ustedes si cumplieron los dioses aquella maldición.

Entre tanto, los atenienses solicitaban los cuadros del joven pintor, y los comerciantes de más nota se disputaban el honor de exhibir en sus escaparates las últimas obras del mimado artista.

Una de ellas suscitó grandes cuestiones en Atenas.

— Era una alegoría de *La Envidia*.

Los partidarios de *Apolodoro* creyeron, y con razón, que el cuadro era una alusión al maestro.

— Mal haces en burlarte de quien te enseñó lo que sabes—dijo uno á Zeuxis.

— Tienes razón—le contestó éste.—Yo no sabía que existiera la envidia en el mundo, pero el maestro se ha encargado de enseñármela.

— Supongo que no pretenderás negar los méritos de quien tanto vale.

— ¡De ninguna manera!

— ¡*Apolodoro* es un genio!

— ¡Ya lo creo! Un genio... ¡inaguantable!

Los que oían esta conversación rieron la frescura de Zeuxis.

El maestro dió rienda suelta á su cólera publicando una segunda sátira, de la que su discípulo hizo el mismo caso que había hecho de la primera.

Lo único que se permitió fué lo siguiente:

Celebrábase en aquella época una exposición de pinturas en Atenas.

Zeuxis presentó un cuadro, notable como todos los suyos, y sobre él colocó un tarjetón que decía:

«Apolodoro, artista á quien adoro
y á quien llamar maestro me permito,
en mí se ceba con su pluma de oro...
Yo me vengo pintando este cuadrito.
¡A que no lo hace igual Apolodoro!»

Este fué el único *desahogo* que se permitió el ofendido artista.



Como ven ustedes, los pintores griegos podrían no ser modestos, pero eran muy *desahogados*...

La fama de Zeuxis crecía de una manera pasmosa.

Sus cuadros se vendían á peso de oro, y al hombre le faltaba tiempo para cumplir todos los encargos que recibía.

Su obra maestra—al decir de los críticos de buena fe, no de los *Apolodoros*—fué una *Helena*, pintada por encargo de los Agrigentinos. Estos le enviaron, para que le sirvieran de modelo, una docena de mujeres hermosísimas.

Zeuxis se quedó con cinco solamente.

Muchos, que yo conozco, se hubieran quedado con las doce.

«Tomó de ellas lo que pudo»,

dice un biógrafo fiel.

Puesto en su caso, no dudo.

¡Yo haría lo mismo que él!

Contemplando los encantos naturales de las cinco hermosuras, y copiando de cada una lo que le convenía, realizó en su *Helena* el tipo ideal de la belleza femenina.



—¡Valiente habilidad!—dijo un pintor amigo mío, á quien yo le refería este dato.—¡Pintar una mujer hermosa con cinco modelos así! Eso lo hace cualquiera. Lo difícil es hacer lo que yo hice: pintar una *Venus* sirviéndome de modelo una chalequera bizca y hoyosa de viruelas...

Lo que no sabe mi amigo el pintor es que su *Venus*, más que á la diosa saliendo de las aguas, se parece á la chalequera saliendo del obrador. Pero ¡vaya usted á quitarles las ilusiones á estos Zeuxis de hongo apabullado!

Para demostrar la verdad que sabía dar á sus obras nuestro pintor helénico, refieren algunos autores lo del famoso cuadro de los racimos de uvas.

Tan admirablemente pintados estaban los tales racimos, que los pájaros se acercaban á picarlos, y hasta hubo que lavar el cuadro con una disolución de azufre, ¡porque le atacó el *oidium*!

Este dato me hace dudar. ¿Sería efectivamente Zeuxis un pintor griego, ó pertenecería á la escuela sevillana?

¡Vaya usted á saber!

Parrasio, notable pintor, compañero de Zeuxis, fué un día á visitar á éste, y al ver los célebres racimos, dijo desdeñosamente:

—¡Pehe! No están mal. Pero ayer terminé yo un cuadro que es lo que hay que ver. Te invito á que vengas á mi estudio. Aquello es verdad, y lo demás son tortas y pan pintado.



(Ya he dicho á ustedes que los pintores griegos no brillaban por su modestia.)

Zeuxis aceptó la invitación y fué al estudio de Parrasio.

— Ahí tienes el cuadro—le dijo éste, indicándole un gran caballete cubierto con una cortina de damasco.

— Bueno; descúbrele y ya veremos.

— ¡Inocente!—exclamó Parrasio riéndose.— ¿Cómo he de descubrirlo, si el cuadro es precisamente eso?

— ¿El qué?

— ¡La cortina!

— ¡Cómo!

— ¡Mírala! ¡Está pintada!

— Me confieso vencido—dijo Zeuxis admirado. Yo sólo he sabido engañar á los pájaros, pero tú me has engañado á mí.

— Quejeres un pájaro de cuenta, según afirma Apolodoro.



Y los dos rivales se abrazaron cariñosamente. Conste que este episodio no es invención mía: que así lo he leído en varios historiadores.

Y ahora hablemos francamente.

Lo de los racimos de uva puede pasar. Pero eso de la cortinita de Parrasio... créanlo ustedes si quieren. Yo no lo creo aunque me lo aseguren los siete sabios de Grecia.

Y pasaron los años.

Y Zeuxis llegó á ser tan inmensamente rico que ya no pintaba cuadros para la venta, porque, según él, no había dinero en el mundo con que pagárselos.

¡Así! ¡Como suena!

Mas no por eso dejaba de trabajar.

Y ¡ay! un día le llegó su hora, y, por cierto, de una manera muy extraña, según afirma *Festo*.

Entró en su estudio una vieja que iba á servirle de modelo para una arpía, y Zeuxis, que, como hemos dicho, era muy tentado de la risa, encontró tan extremadamente fea y ridícula la figura de la anciana, que soltó á reír con toda su alma. Y risa fué que le costó la vida, pues cayó tendido sobre un diván para no levantarse jamás...

Los partidarios de Apolodoro dijeron que los dioses habían cumplido su maldición.

Pero yo tengo datos para asegurar que lo que produjo la muerte de Zeuxis fué la rotura de un aneurisma de la aorta descendente.

Porque, digan lo que quieran los anatómicos, los griegos ya tenían aortas descendentes.

Vital Aza

¡Tifus!

(MONÓLOGO DE UN CONTADOR)

«Si el cartel anunciador dice en letras escogidas:

Nota: Quedan suprimidas las entradas de favor,

y son personas formales las que han hecho ese cartel, ¿por qué aquí me mandan el talonario de los vales?

Esto es una perdición, una epidemia, una plaga... Habiendo vales, ¿quién paga para ver una función?...

¡Pagar! No es mala bobada cuando tan barato sale...

Hoy, para pedir un vale, no hace falta nada. Nada.

¿Quién no conoce á un pariente de un amigo de un artista, y quién con un tramoyista no ha tomado el aguardiente?

¿Ni quién es aquí el mortal que no conoce á un autor, para pedirle el favor

de un palquito principal?

¿Quién no encuentra en un diario algún periodista amigo

que de su nombre al abrigo no moleste al empresario?...

¿Ni quién no tuvo el honor de haber conocido al padre ó á la prima ó á la madre de la tiple ó del tenor?...

¿Hay un ser tan infeliz, tan pobre, tan desvalido, que no salude al marido ó al suegro de alguna actriz?

Al pedigüño le basta con esto, y tiene la satis-

facción de colarse gratis.

¡Puff! ¡Reniego de su castal!

Pero esto no puede ser, ni hay un Dios que lo resista.

Vamos á pasar revista á los vales que di ayer.

Es posible que pregunte la empresa... ¡Digo si hay vales!

Tres entradas generales: éste es el segundo apunte.

Dos butacas: un autor.

Palco: la tiple; es diario.

El primo del empresario otro palco. El impresor

cuatro butacas de orquesta.

Delanteras. ¿La mamá de la tiple?... ¿Cómo está

doña Paca tan modesta?

¡Delanteras! ¿Quién diría?...

Platea número tres, para la misma. Eso es

distinto ¡Valiente arpía!

Tres butacas... Éstas son

para Virginia Arteaga, una corista que paga

con vales al comadrón.

Once, doce, trece... nada...

¡Qué tifus! ¡Vaya un veneno!...

¡Anoche el teatrillo lleno y cien pesetas de entrada!

Y el cartel anunciador dice en letras escogidas:

Nota: Quedan suprimidas las entradas de favor.

¡Y esa mentira oficial quizá crean más de cuatro!

¡Bien dicen que en el teatro es todo convencional!

E. Navarro Gonzalvo.

El ejemplo.

Siempre en el arte han sido temibles las rarezas de los genios, porque surge del caos una nube de aficionados á imitar defectos. Las licencias poéticas que á veces se permiten los vates de alto vuelo han hecho mucho daño á la república,

sirviendo de disculpa á los copleros; porque hay mucho melón que no distingue lo blanco de lo negro

y cita, defendiendo sus dislates,

á Calderón, á Lope y á Moreto.

Por si á lo dicho le faltaran pruebas,

ayer, sin ir más lejos,

ha llegado á mis manos una especie

de poema pequeño

que se titula *El Ambré*, en que el poeta

se queja de la falta de alimentos

con tal sinceridad, que se conoce

que le sale de dentro.

No tiene novedad, porque es achaque

de los que sientan plaza de bohemios

conmover al lector con el relato

de la miseria que consume el cuerpo.

Lo gracioso del caso, lo que llama

la atención por lo nuevo,

es que al pie del poema hay unas líneas

que dicen sobre poco más ó menos:

«No dejo de saber que, de seguro,

les chocará á los necios

que escriba *Ambré* sin hache. Pues... lo escribo

porque me da la gana, y porque quiero.

¿No pone *HALMA* con hache don Benito

Pérez Galdós? Pues juro que me siento

con corazón para seguir las huellas

de aquel fecundo y poderoso ingenio.

Y hasta, si bien se mira,

tengo yo más razón y fundamento

para burlarme así del Diccionario,

que ya ha dicho Valbuena que no es bueno.

¿Qué es lo que tanto yo? ¿No es la carencia

de carne sana y panecillos tiernos?

¡Pues estoy en carácter si del título

me como grupamente lo que puedo!

Sinero Delgado.

EL IDIOMÁ CORRIENTE



El equipo Pegote-Mono.



Presento á ustedes al Chato, oficial de alpargatero, ganado al campeonato de la calle del Bañero.



Carrera de Consolación.



—¿Profesión?
—Sportman.
—Y eso ¿qué es?
—Accionado al sport.
—¡Ah, vamos! ¡Holgazán!



El conocido ladrón apodado el Pulga, entrenado por la guardia civil.



La señora Sebastiánna, batiendo el record Miraflores-Madrid.

¿CUÁL DE LOS DOS?

Con todo su corazón amaba Pablo á María, mas no sé por qué razón ella no se decidía á acceder á su pasión.

Pero no desesperaba Pablo. El desprecio aumentaba de su amor la intensidad, y con paciencia aguardaba rendir á aquella beldad.

Y cuantos medios á mano puede tener un cristiano para rendir á una bella empleó Pablo con ella, y todos fueron en vano.

Por salir de aquel aprieto que le tenía sujeto, no sabiendo qué hacer, Pablo ofreció una vela al diablo si conseguía su objeto.

Pero por tener mejor asegurado el amor que recomendó al demonio, otra ofreció á San Antonio si le hacía igual favor.

Y seguro de alcanzar á la corta ó á la larga su deseo, sin dudar

torió otra vez á la carga y se volvió á declarar.

Y ¡cosa extraña! María, yo no sé por qué sería, pero en aquella ocasión le contestó que accedía gustosa á su pretensión.

El cambio con interés observó la ciudad toda, y hemos sabido después que se celebró la boda de los dos antes de un mes.

En cuanto hubo conseguido el deseo apetecido, vino á la mente de Pablo el compromiso adquirido con San Antonio y el diablo.

Y tras de pensarlo bien y meditarlo mejor, sin salir de aquel belén, exclamaba Pablo:—¿A quién le deberé yo el favor?

El caso nos han contado, y al saber que está casado, pensando en el matrimonio, dijimos:—¡Bien se ha portado con este chico el demonio!

Francisco Aguado Arnal.

CHISMES Y CUENTOS.

Si tuviese dos conchas cada almeja como la Concha Pérez y Morales, ¡bien se podían dar á toca teja por cada dos docenas quince reales!

LUIS SÁNCHEZ RUBIO.

Decid, niño:

—¿Quién habla ya de los ruidos del convento?

—Nadie.

—¿Quién se ha enterado de la verdadera causa de aquellos alborotos?

—Las autoridades civil y eclesiástica, según dicen.

—¿Qué han hecho ambas autoridades?

—Retirar la guardia permanente y decir á las monjas que pueden volver á reposar tranquilas, porque ya no hay peligro.

—Pero ¿pareció el delincuente?

—Se asegura que sí.

—¿Qué se ha hecho con él?

—Darle un apretón de manos y reírle la broma.

—¿Se podía hacer algo más?

—No, señor; porque el Código no prohíbe que se den porrazos en el suelo y en las paredes, y lo que no se prohíbe se permite.

¡Qué talle tiene mi novia!

Por una equivocación se puso ayer la pulsera en lugar del cinturón.

No salgas con tu madre de paseo, que sólo tiene un traje, y es muy feo.

FELIPE A. DE LA CÁMARA.

Me he acordado un poquito tarde, pero hubiera sido una cosa curiosa ir apuntando los muertos que hemos causado á los separatistas y hacer la suma total en fin del corriente, pongo por ejemplo.

Si no resultaran más de doce mil consentiría que me aspasen.

Sirva esto de aviso á mis apreciables colegas, porque, la verdad, tantas noticias satisfactorias acaban por producir un resultado contraproducente.

Dice Luz, comentando mucho el caso, que tiene en los pulmones roto un vaso, y llora de tal modo la chiquilla ¡que va á romperse toda la vajilla!

Dios creó la verdad; dióle á su engendro sus propias vestiduras. La cogió por su cuenta un escribano... y la dejó desnuda.

De un jorobado sé que sufre mucho del hígado y del pecho. Él dice que se encuentra muy malucho, y todos le encontramos muy mal hecho.

JOSÉ SAMANIEGO L. DE CEGAMA.

Ya se ha publicado (y gracias á Dios, porque la esperábamos como pan bendito) la «Constitución de la república independiente de Cuba». En la cual hay un artículo que dice: «Para tratar la paz con España será preciso: Primero. La completa liberación é independencia de la isla de Cuba.» Pues... ya no hay que leer lo segundo. Porque ese articulo no le dará en los dientes al Sr. Gómez. Para que no se *relamba*.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Sr. D. E. A.—No, si lo malo que tiene la composición es que... se refiere á la vecina que molesta con sus leccioncitas de canto. ¡Y eso es tan antiguo!
- Sr. D. R. G.—Usted comprenderá que la descripción pura y escueta del ángel de sus ensueños es, por lo menos, poco interesante.
- Januch.—De los ocho versos, uno le ha salido á usted largo y otro corto. De la poesía «Á Rosas» no tengo reminiscencia alguna, pero á juzgar por el título...
- El más guapo de mi tierra.—Tampoco sé nada de la composición á que usted alude, pero la carta tiene el salero de Dios. Porque dice usted cosas que no se le ocurren al mismísimo mengue.
- A. X. Z.—Vulgar, desgraciadamente.
- Sr. D. A. C. R.—El caso es que son inocentes en el fondo y duros en la forma. Lo contrario de lo que se necesita.
- Sr. D. P. L. M.—No hay ofensa, ni mucho menos... ¡al contrario! Pero por la otra razón que usted indica suspenda *por ahora* el envío de composiciones. Para todo lo demás cuente usted conmigo. ¡Usted comprende!
- Martinet.—Se descubre demasiado la guasa, compadre. Porque esas faltas de ortografía no las tiene ningún nacido.
- Sr. D. J. V.—Eso de las sueltas, fracamente, ya no tiene gracia en fuerza de habérsela exprimido las generaciones anteriores.
- Sr. D. D. M. E.—Villagarcía.—Hay una equivocación en la última cuenta. El recibo del N. M. es de 9,96, y usted avisaba en la nota 7,92. Quedan, pues, á nuestro favor 2,04.
- Un neurótico.—No creo que se haya usado jamás, pero me parece que debe ser agredo. ¡No lo juro! ¿eh?
- El torpe novato.—Como seguir... puede usted seguir, pero no se puede asegurar que adelantará usted muchísimo.
- Sr. D. M. C.—Seis eran seis... y lo menos cinco las conocía yo de antemano.
- Velay.—Sí que es verdad que he dicho siete millones de veces que no podíamos admitir artículos. Y lo siento porque tengo que decirlo una más,

á pesar de lo del paisanaje. *Ainda mais* es una prosa que no tiene nada de particular absolutamente.

Wanderkraft.—¡Rediez, no hay más que leerlo cuatro veces seguidas para volverse loco! ¡Le bailan á uno las imágenes!

Edison.—La forma peca de vulgar y amañada. Se necesita más soltura ante todo.

Un sargento.—No deja de tener su miga, pero está muy descuidado el ritmo y suena demasiado mal.

Lord Jai-gut.—Efectivamente, está oscura la idea en el primero, que es imitación de otro célebre de Santa Teresa. En el segundo está clara, pero es vulgarísima. ¡Ah! El verso:

«Si entristecido la alegría me induce» es largo. Le sobra una sílaba.

Muchachos.—Vamos con el canto primero:

«Á LA LUNA

¡Oh diosa de la noche
extiende ya tu manto
que empiezo alegre canto
emblema del placer!
Por ella ya suspiro...
Manuela ya te llamo
—¿Qué quieres? yo te amo
—¡Inán de mí querer.»

Por cierto que parece que llama usted Manuela á la luna. Y de ahí á llamar Toribio al sol no hay más que un paso.

R. B. Cilla.—Los tres son de un color demasiado subido, como dicen los rivisteros de teatros.

Zerán.—Tampoco puedo aprovechar ninguno.

Sr. D. M. G. S.—Digo lo mismo, y lo siento de veras. No podemos vender *clichés* porque á lo mejor necesitamos reimprimir los números y... ¡ágredese usted!

Pepita Piporro.—Están hechos los dibujos, remitidos y... cobrados. Puede usted dormir tranquilo sin pesares ni quebrantos.

Ismael.—No pude utilizar nada. Se hizo la suscripción.

Inocencio.—El pseudónimo está escogido con conocimiento de causa, porque en efecto es inocentica la cosa. ¡Qué se le ha de hacer!

Nota. No puedo contestar á todas las cartas recibidas esta semana. ¡Son ciento y pico! Pero conste que lo deploro y que en lo que queda sin respuesta no he encontrado *tempero* nada publicable.

Ya no habrá, por vencer males,
funcionarios que permansen,
porque serán inmortales
tomando sopa de *gluten*.

LIBERALES Y CALVENTES

Fábrica: Trafalgar, 9. Venta: principales Ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYO 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.